

DOCUMENTO NUM. I

DATOS RELATIVOS Á LA IMPUTACION HECHA Á DON RAMON CABRERA DE HABER SIDO CAUSANTE DE LA APREHENSION Y FUSILAMIENTO DE CARNICER.—OPINION DE LOS SRES. CABELLO Y SANTA CRUZ, AUTORES DE LA «HISTORIA DE LA GUERRA DE ARAGON Y CATALUÑA.»

«La opinion pública y cuantos sirvieron á las órdenes de aquel—Carnicer—señalaron á Cabrera como su asesino. Carnicer carlista tolerante y Cabrera apostólico furibundo: Carnicer valiente pero humano: Cabrera sanguinario y feroz: Carnicer que no desenvainaba su espada sino en el campo y Cabrera que se gozaba en ensangrentarla con los rendidos. El primero jefe rígido y disciplinista y el segundo subalterno díscolo no podían ser amigos. El que denostó la conducta y las disposiciones de sus jefes en la accion de Mayals: el que se sublevó en Castejoncillo porque no eran fusilados todos los prisioneros, aun despues de haber recabado que lo fueran los nueve nacionales y soldados que se defendieron en una casa: el que en público y en particular prometia á sus compañeros ascensos y proteccion para el dia de su mando: el que habló tan mal de Gomez á la vista de Requena y en Villarrobledo hasta que se le desertó en Extremadura: el que conspiró contra Quiles vencedor en Terer, en las Cabrillas y en Bañon: el que persiguió de muerte á Cabañero que le ofreció la entrada y posesion de Cantavieja despues de haberlo buscado en Almazan y llevádole herido á sus guaridas, no ha debido extrañar que se le señalara entre sus enemigos y parciales, como el pérfido traidor que vendió á Carnicer, avisando á las autoridades del gobierno la ruta que llevaba á Navarra y el disfraz con que se enucubria. Conocemos, es muy amigo nuestro el alcalde que dió estas noticias de Teruel y Zaragoza; y si bien no hemos querido ni intentado siquiera arrancarle este secreto porque conocemos su probidad, sabemos que la recibió del pueblo de Palomar el mismo dia que estaba en él Cabrera. Seria infundada la creencia, seria una impostura; pero entre los facciosos, creció hasta el punto de prohibirse hablar de tal suceso. Hallándose Cabrera en Camarillas el 16 de febrero de 1836, á la misma hora que su madre era fusilada en Tortosa, fusilaba él á Cristóbal Sebil de Alcoriza, hermano de uno de los que acompañaban á Carnicer, porque tuvo la indiscrecion de decir que este habia sido vendido por Cabrera. Tal rigor produjo, como era natural, el efecto contrario que queria; pues aunque pretextó que lo fusilaba por otras causas, como sus soldados sabian que eran falsas, se afirmaron mas en la sospecha que difícilmente podrán desvanecer los parciales y admiradores de este cabecilla.

»El traje á Carnicer la orden de Cárlos V para que se presentara en Navarra y á pretexto de que los capitanes Sebil y García conocian el Terreno, particularmente el último que acababa de llegar con él de aquella provincia, le aconsejó que le acompañase. Tendrian ó no parte estos dos capitanes en la prision de Carnicer, pero es lo cierto que á pesar de no darse aun cuartel en Navarra porque no se habia ajustado el tratado de Elliot, no fueron fusilados como su jefe y por el contrario canjeados muy pronto. Esta calumnia si realmente lo es, debía ser rechazada por Cabrera de todas maneras y en cualquier lance y posicion, y sin embargo que Cabañero se la echó en cara delante de muchas personas en la Iglesia, lo sufrió muy resignadamente sin acordarse que ceñia una espada.

»Cabrera temia siempre las asechanzas de sus émulos y cuando pernoctaba en los montes, cambiaba el sitio que habia elegido para dormir despues que los demás estaban acostados; y habiendo dispuesto una noche en los términos de Alarcon que un soldado se echase en la cama que los demás creian era para él, este soldado fué asesinado de un pistoletazo. Cabrera estaba aquella noche en el campamento...

»Basta á nuestro propósito haber dicho lo que se pensó en el país y entre los facciosos.»

DOCUMENTO NUM. II

OPINION DEL SR. CÓRDOVA, AUTOR DE LA «VIDA DE CABRERA»

«Mientras en el campo de Cabrera tenian lugar los sucesos

hasta aquí mencionados, Carnicer disfrazado de arriero seguia su viaje á Navarra; y es preciso consignar aquí algunas particularidades de este viaje, por haberse dicho que Cabrera envió un anónimo á las autoridades de la Reina denunciando el itinerario y el disfraz de Carnicer. Aunque no se ha dado ninguna prueba de esta imputacion y siempre se ha calificado de simple sospecha, existen datos y razones que demuestran la inexactitud de un hecho tan vil y horroroso que haria abominable la memoria de Cabrera, aun á sus mas ciegos partidarios y admiradores. Dos motivos podian obligarle á cometer esta alevosía, la ambicion ó la venganza. Se ha visto ya que Carnicer le invitó desde su principio con el mando y lo rehusó; que Cabrera gozaba en el campo carlista mas prestigio y ascendiente que los demás jefes y sin embargo no se valió de estos elementos para sobreponerse á Carnicer; y que en la junta de Villarroya se mostró dispuesto á resignar su comandancia accidental en la persona que la misma junta nombrase. Tampoco podia tener Cabrera el menor resentimiento con Carnicer. Era este su amigo predilecto, le honraba con su confianza, le distinguía entre todos y acababa de darle una prueba de singular aprecio prefiriéndole á los coroneles mas antiguos. Esto bastaria para probar que ni la ambicion, ni la venganza, ni otra pasion innoble podian inducirle á proceder tan villanamente con Carnicer y envolver en su suerte al fiel García que le acompañaba. La captura de Carnicer fué ocasionada tan solo por su poca prevision ó por su infausta suerte. Mas de veinte personas vieron como salia de Ariño, acompañado de García, Sebil, Manero y Pedro Ibañez: en el camino encontraron á seis arrieros del mismo pueblo, é Ibañez se detuvo á hablar con uno de ellos; cerca de Ateca dijo Ildelfonso Oroz á García que habia conocido á Carnicer. Particularidades son estas que unidas á las que expresa el documento (refiérese á la siguiente declaracion) demuestran que no era un secreto el viaje de Carnicer y quizá indican la persona que le delató.... Su muerte aunque sentida en el mando de Cabrera, renovó la comprimida ambicion de Quiles y las esperanzas de algun otro jefe.»

DOCUMENTO NUM. III

DECLARACION DEL OFICIAL QUE ACOMPAÑÓ Á CARNICER

Don Francisco García, brigadier de infantería, jefe que fué de la primera brigada de la segunda division del ejército real de Aragon, condecorado con varias cruces de distincion por acciones de guerra, etc. Bajo mi palabra de honor declaro: que en el año de 1835, hallándome de comandante de las tropas carlistas del Bajo Aragon, y teniendo que pasar á las Provincias Vascongadas y Cuartel real el digno brigadier de caballería don Manuel Carnicer, se me instó para que le acompañase, á lo cual me excusaba porque acababa de prestar igual servicio al Excmo. Sr. Conde de Morella, coronel en aquella época, pero convencido á las instancias de dicho Carnicer, por ser sujeto que apreciaba á causa de haber servido en guardias walonas y seguido despues de compañeros en la clase de capitanes de los reales ejércitos en la época del año 22, se dispuso nuestro viaje realizándolo en los términos siguientes.

Emprendida la marcha de la columna, á corta distancia se separó la infantería, y la caballería nos acompañó hasta las paredes de Josa: allí se mandó llamar á un tal Manuel que tambien habia servido con nosotros en guardias, sujeto de satisfaccion por los servicios que tenia prestados á la causa, y con él entramos en su casa, mandando la caballería á reunirse con el resto de la fuerza. En la casa de dicho Manuel se disfrazó de arriero Carnicer, que yo ya lo estaba; se mandaron llamar dos paisanos de Lesera nombrados Francisco Sebil y N. Manero, comandante de caballería en el tercer regimiento de Aragon el primero, y cabo de la misma el segundo, al tiempo de la emigracion: reunidos todos y en presencia de la mujer de dicho Manuel se trató de nuestro viaje, que emprendimos al dia siguiente, acompañándonos hasta Muniesa el citado Manuel con dos caballerías de su pertenencia, de donde se volvió á su casa y los cuatro pasamos á Lesera á parar en casa de una hermana de Sebil. En dicho pueblo se practicaron las diligencias para el pasaporte y se compraron tres jumentos:

Pedro Ibañez, arriero del citado pueblo y el nombrado Manero fueron á Ariño á comprar alumbres, y al dia siguiente tomamos el camino con nueve caballerías, el Ibañez, Manero, Carnicer y yo, saliendo de Lesera con tres ó cuatro horas de sol, á vista de todo el mundo, pudiendo asegurar que nuestra marcha incógnita era sabida en el pueblo de mas de veinte personas.

El mismo dia nos encontramos con seis arrieros de la misma poblacion que nos miraban con mucha atencion y el Ibañez se paró á hablar con un cuñado suyo que venia entre ellos. Al entrar en Ateca por insinuacion de Carnicer me separé para comprar dos navajas y á la salida, camino de Alema, hallé á Ildelfonso Oroz, de Calatayud, el cual me dijo habia conocido á Carnicer, que él le creia carlista por haber servido la otra época, y siendo sujeto de mi confianza por tener un hermano que habia servido en nuestras filas de caballería en la época de la anterior Constitucion y prometiéndome sigilo le descubrí el secreto, haciéndole varias preguntas sobre si habria inconveniente para reunirnos á Merino, y diciéndome que no, nos separamos, me reuní á mis compañeros y seguimos para el Fresnillo. En la posada de este pueblo hallamos á don Joaquín Salbo, teniente de caballería que de incógnito y vendiendo jabon se hallaba allí curándose una herida: este nos dijo no habia que tener cuidado de los posaderos, pues eran de toda satisfaccion, y mientras que nosotros arreglábamos las caballerías, Salbo y Carnicer se separaron á hablar á solas. Al dia siguiente salimos del Fresnillo, unido á nosotros el Salbo á instancias de Carnicer: en Cerain se compró un macho que pagó Carnicer; Ibañez y Manero fueron á Burgos con sus reatas, llevando el encargo de comprar aparejos para el macho, y los tres, cada cual con su caballería, seguimos á la Ventilla. Allí trajeron los aparejos los arrieros y se volvieron para Burgos. En la Ventilla se habló á Carnicer para que nos dirigiésemos por Reinosa y que hablando con Villalobos ó Merino podia ser nuestro paso menos peligroso y no quiso. Antes de llegar á Pancorbo encontramos cuatro soldados de caballería y un cabo que iban echando mueras á Carnicer. Este seguia adelante montado en un macho y nosotros nos detuvimos á darles de beber. Al llegar al puente de Miranda de Ebro nos pidieron los pasaportes, y vistos, el centinela nos franqueó el paso hasta la caseta de carabineros, donde se nos pidieron segunda vez los pasaportes, diciéndonos no llevábamos autorizacion para pasar á provincias. Luego le preguntaron á Carnicer que qué tenia en la cara (pues con un parche y un pañuelo ocultaba un lunar), contestó que padecia una fluxion de muelas, á cuyo acto el oficial de carabineros le dijo sacando un oficio: *Descúbrete, niño, la cara, has venido á dar en las manos de tu mayor enemigo*; haciéndole al mismo tiempo una relacion del oficio que decia sustancialmente estas palabras: «Por uno de los vados del Ebro ó puente de Miranda de Ebro, deberá pasar Carnicer vestido de arriero con otro. *Vigilancia, vigilancia, redoblar la vigilancia.*» Acto continuo nos preguntaron si lo conocíamos, dijimos que no, pues se nos habia unido en el camino; á pesar de eso fuimos conducidos al cepo: luego trajeron un corneta que habia en guardias, llamado Morillo y le reconoció; en vista de lo cual fuimos conducidos á la presencia del comandante de armas, quien nos instó para que declarásemos conocer á Carnicer amenazándonos con la muerte, y contestamos siempre no conocerle. Fuimos conducidos al castillo y al dia siguiente, ó á los dos dias de fusilado Carnicer, me subieron al cuarto de banderas donde estaban los piquetes y religiosos franciscanos para auxiliarme y el gobernador me dijo que era inútil el negar, pues el compañero habia declarado que era capitán de la otra época y que habia estado en Ceuta por la causa del Rojo, visto lo cual confesé ser cierto. Interrogándome qué graduacion tenia en la actualidad, contesté que la misma que la época anterior. Seguidamente vino un escribano y diciéndome que declarase, porque el hombre en el artículo de la muerte debía ser verdadero, contesté que nada tenia que decir y que descubriria cuanto supiese despues de tener indulto de la Reina Gobernadora, motivo por el cual suspendieron la ejecucion, y subiendo acto continuo el corregidor me preguntó si declararia si venia el perdon, y contestándole que sí, dijo iba á solicitarlo y me volvieron al cepo

junto á Salbo. A los pocos dias nos condujeron á Burgos y en Bribiesca se nos notificó el perdon y se nos dijo podíamos declarar ampliamente, reduciéndose mi declaracion á que Sebil y Manero eran encargados de llevar la pólvora á Ariño para la fabricacion de cartuchos á cargo de José Masipe y un tal Blesa, ya difunto entonces, que hacia de confidente á donde se le mandaba. Esta declaracion fué convenida con Salbo y citamos á dichos sujetos porque estaban comprometidos y avisados.

Fuimos conducidos á Burgos, donde permanecemos diez meses y dias, en cuyo intermedio nos pidieron nuevas declaraciones que no variamos. Conducidos á Vitoria en union de varios carlistas, venidos de la Coruña y el Ferrol, fuimos canjeados todos el 23 de enero de 1836. Esta misma relacion hice á S. M. en Oñate á mi presentacion despues de canjeado. Y por ser la verdad la firmo en Pau á 8 de julio de 1844.—Francisco García.

DOCUMENTO NUM. IV

PARTE DE NOGUERAS INTERCEPTADO POR LOS CARLISTAS

Comandancia general del Bajo Aragon.—Excmo. Sr.—En los campos de Alloza he dado alcance á la faccion reunida de Cabrera, Quiles y Torner, en número de 400 ó 450 infantes y algunos caballos: el dia mas á propósito para concluir la faccion ha sido este; pero no es creible que Cabrera ni los suyos sean hombres, jamás he visto mas decision, valor ni serenidad; no es posible que las tropas de Napoleon hayan nunca hecho ni podido hacer una retirada por un llano de cuatro horas con tanto orden. Léjos de obtener ninguna ventaja de las que creia, no he observado sino el desmayo de la tropa que tengo el honor de mandar, en vista de la resistencia que han opuesto un puñado de hombres, dignos de defender mejor causa. Si á Cabrera no se le corta el vuelo, este cabecilla dará mucho que hacer á la causa de la libertad: debe el gobierno tomar medidas fuertes y enérgicas para destruirle, pues de lo contrario, aquel con el prestigio y arrojado valor tiene alucinada su gente y llena de confianza así como los pueblos. Tenemos que lamentar la pérdida del bravo coronel Zabala que ha dejado su honor bien puesto y el de las armas. Mandaré á V. E. el parte circunstanciado de la victoria en este dia para que haga de él los usos que estime convenientes.

Dios guarde á V. E. muchos años.—Alloza 23 abril de 1835.—Excmo. Sr.—Agustín Nogueras.—Excmo. Sr. Capitan general de este reino.

CAPITULO IV

Las Amezcuas

Segundo mando del general don Jerónimo Valdés.—Consecuencias militares de su campaña.—Consecuencias políticas de las mismas.—Evacuacion del Baztan.—Derrota de Descarga.—Abandono de los puntos fortificados.

La aceptada dimision del general Mina, el estado cada dia mas crítico de la guerra del Norte y la notoria debilidad de la situacion en que se encontraba el ministerio, combatido á la vez por el sentimiento de pronunciada reaccion liberal, que se habia generalizado en el país, y al que prestaban incesante y agresivo eco las oposiciones en ambos Estamentos, eran circunstancias que encarecian para los ministros las esperanzas, bastante fundadas, en el patriotismo y en las dotes militares generalmente atribuidas al caudillo de quien se esperaba diese cumplida la obra de pacificacion en la que se habian estrellado cuatro de los mas acreditados generales que contaba el ejército español.

Como con la salida de Valdés para tomar el mando del ejército del Norte y con su llegada al teatro de la guerra, coincidió el decadente estado en que hemos dicho se hallaban las facciones del Bajo Aragon antes de que las vigorizara el generalato de Cabrera; esta circunstancia y la noticia del fusilamiento de Carnicer considerado como hecho que traeria la pacificacion de las comarcas del Ebro, robustecieron la opinion de que Valdés iba á hacer una brillante campaña.

Queda anteriormente expuesto que tuvo éxito el espontá-

neo improvisado movimiento del general Córdova en auxilio de Maestu, y de qué manera salvó el peligro en que llegó á verse y la atrevida marcha que efectuó penetrando en los valles de Arana y de las Amezcuas, corriéndose seguidamente en direccion de Santa Cruz, de Cabredo, de Genevilla y de Aguilar, entregando á su paso á las llamas los molinos, fábricas y almacenes que en aquel territorio poseia el enemigo, cuyo campamento atrincherado de Urbizo, tuvo tambien el general Córdova la buena suerte de destruir, sin que Zumalacárregui ni los jefes bajo sus órdenes, pudiesen impedir, ni por el momento vengar tampoco, el daño que les infería el general de la Reina. Despues de aquel feliz episodio de guerra marchó Córdova á Vitoria, escoltando un gran convoy, y esperó las órdenes del general en jefe que se hallaba en Logroño y á quien se habia unido Aldama con catorce batallones y la brillante division de caballería que mandaba en la Ribera el brigadier don Narciso Lopez. Reconcentrado que hubo sus fuerzas Valdés en la capital de la Rioja el 16 de abril salió para la Guardia, pero antes de internarse cual era su propósito en el corazon del país vascongado, quiso precaver la eventualidad de excursiones del enemigo á sus espaldas y dispuso que la caballería de Lopez y algunas brigadas de artillería guardasen la línea del Ebro.

Ocupaban entonces los carlistas las cercanías de Mondragon y Oñate, y conforme al plan que Valdés se habia trazado antes de su salida de Logroño, dispuso que una fuerte division mandada por Mendez Vigo y Gurrea tomase á su cargo el impedir el paso de Zumalacárregui hácia el Baztan ó las Amezcuas, puntos por los cuales era lo mas probable que tratase de efectuar aquel su retirada al verse atacado por fuerzas superiores. Prescribió Valdés al mismo tiempo al brigadier Jáuregui, que desde la parte de Guipúzcoa que ocupaba, se diese la mano con el general Oraá, encargado de la custodia del valle del Baztan.

Pero á la aproximacion de Valdés, Zumalacárregui habia dividido sus fuerzas, novedad que alterando los cálculos del general de la Reina, hizo que retrocediese desde Peñacerrada á Vitoria, donde reunió al grueso de su ejército los siete batallones de que se componia la division del general Córdova, y modificó el plan de campaña que habia formado antes de su anterior salida de Alava.

No es necesario detenerse en analizar este plan, que como no tardó en manifestarse, se reducía á marchar sobre el enemigo al frente de treinta y cuatro batallones, superioridad numérica que justificaba la suposicion de que un general de la capacidad que se atribuía á Valdés, habria combinado algun sabio movimiento envolvente, pero léjos de haber tomado disposiciones propias á sacar partido de sus fuerzas, Valdés marchó en cuanto la índole del terreno lo permitia, como en columna cerrada en busca del enemigo, al frente de cuatro divisiones mandadas por los generales Córdova, Aldama, Seoane y don Froilan Mendez Vigo.

Confiado en la bondad de sus planes, no menos que en los medios de obtener los resultados que se habia propuesto, preluó Valdés su entrada en operaciones dirigiendo al ejército una órden general del día y al pueblo vascongado una proclama, documentos que hallarán los lectores entre los documentos de referencia números I y II, y cuyo contenido confirma el objetivo ya consignado, respecto á la confianza que animaba al general de coronar con completo éxito la gloriosa obra de la pacificacion.

Haciendo uso Valdés de las altas atribuciones con que la Reina y su gobierno le habian investido, concedia el grado inmediato á los oficiales y sargentos que desde el principio de la guerra habian combatido en Navarra, á cuyas gracias añadió la distribucion de condecoraciones y otorgamiento de premios á los individuos de la clase de tropa.

Al pueblo vascongado ofrecia indulgencia, paz y proteccion si le ayudaba para la pronta terminacion de la guerra, amenazando con que haria pesar todo el rigor de ella sobre los que coadyuvasen á que aquella se prolongara.

Seguidamente y sin haber dispuesto que los generales que mandaban las divisiones las condujesen con las precauciones y la distribucion conveniente á operar en un territorio tan

accidentado y tan conocido y dominado por el enemigo, Valdés se internó, por decirlo así, de sopeton en las Amezcuas, pernctando en Contrasta el mismo día en que salió de Salvatierra.

A su aproximacion evacuó Villareal las posiciones que ocupaba y evitando venir á las manos fué á reunirse á Zumalacárregui que se hallaba en Eulate. Dispuso este entonces que Sarasa con los batallones vizcainos se dirigiese á racionar sus fuerzas á los puntos donde mejor pudiese hacerlo, pero sin dejar de estar bastante próximo para servirse de ellos Zumalacárregui segun lo exigiesen las circunstancias.

Al señalar la situacion de Segura como la mas conveniente para la residencia de don Carlos, no habia podido figurarse su entendido general que Valdés aglomeraria sobre un solo puesto tan crecido número de tropas, y vió con sorpresa igual á su satisfaccion que su enemigo se adelantaba con precipitacion en un país en el que tenia forzosamente que carecer de medios de subsistencia, y para sacar mejor partido de los errores en que veia próximo á caer á su adversario, llamó Zumalacárregui inmediatamente á sí los batallones que tenia acantonados en los valles de Egea y de la Berueza. Reforzado con la llegada de estas tropas de refresco, aguardó tranquilamente en el puerto de Eulate al frente de diez batallones, el encuentro de los treinta y cuatro que venian en su busca, confiando, como otras veces lo habia hecho con tanto éxito, en su conocimiento del terreno y en la decision y la disciplina de sus soldados.

Al amanecer del día 21, las divisiones de Valdés emprendieron su movimiento hácia las posiciones ocupadas por el enemigo. Antes que aquel hubiese significado el uso que haria de sus fuerzas, Zumalacárregui seguido de una pequeña escolta se habia acercado á Contrasta, y reconocido que hubo la disposicion de las fuerzas cristinas, ordenó que sus batallones abandonaran el puerto de Eulate y emprendiesen sin dilacion su marcha en direccion de las Amezcuas; pero tuvo cuidado de situar dos de aquellos en un bosque intermedio entre los dos valles, con objeto de embarazar la marcha de su enemigo. En vez sin embargo de tomar el camino que conduce á las Amezcuas, Valdés se dirigió con el grueso de su ejército á los puertos de Anorrache y Eulate, teniendo que atravesar un terreno largo y difícil, cuyas angostas veredas y barrancos poco menos que impracticables, fatigaron por decirlo así inútilmente la aglomeracion de fuerzas que el general de la Reina se empeñó en conducir por parajes tan poco á propósito para moverlas. El territorio ocupado por Valdés se hallaba tan desprovisto de recursos que ni aun agua para beber encontraban los soldados, y apercibiéndose desde luego Zumalacárregui de las dificultades que iba á encontrar su adversario para salir del atolladero en que se habia metido, limitóse á situar sus batallones en los puntos por donde creyó podia ser atacado y desde los que con mayor libertad pudiese disponer de sus fuerzas.

Mas no tardó en apercibirse por la inaccion en que permanecia Valdés que este habia comprendido la falsa posicion en que se hallaba y de la que procuraria salir encaminándose á las alturas de Artaza, desde donde el ataque le seria mas fácil y mas segura tambien la retirada á Estella. Con su certero ojo militar, escogió Zumalacárregui cuatro de sus mejores batallones, con los que trepó resueltamente apoderándose del elevado puerto que dominaba la cordillera, campo de operaciones tan indiscretamente escogido por su contrario. Al llegar el caudillo navarro á la eminencia objeto de su movimiento tomaba el camino de Estella una de las divisiones de Valdés, contra la que rompieron los carlistas el fuego, trabándose un reñido combate sostenido con gran bizarría por ambas partes, pero extenuados de fatiga los soldados de la Reina, por tres días de penosa marcha y dos noches de mal dormir, en aquellas frias y húmedas montañas, en las que se vieron privados de raciones, decayó su ánimo no obstante el valor con que sus jefes los animaban y muy comprometida vióse la retaguardia del ejército cuya marcha detuvieron los carlistas; pero presentándose oportunamente el general Córdova al frente del batallon de ligeros de Aragon, que tan ruidoso papel habia representado en Madrid el 18 de enero, bastó aquel refuerzo

para detener el ímpetu de los carlistas. Mas en aquel momento llegó Zumalacárregui al frente de dos batallones, y sabedor de que el grueso del ejército cristino se retiraba en direccion de Estella, cayó sobre Córdova con toda la enérgica resolucion que caracterizaba los movimientos de aquel temible caudillo. Vióse entonces grandemente comprometida la division que á las órdenes de Córdova protegía la retirada del ejército, no habiendo bastado la inteligencia, las acertadas medidas, ni el indómito valor desplegados por este general para remediar los efectos del mortífero fuego que desde las alturas recibian sus soldados y á cuyo rigor acabaron por ceder entrando en sus filas la confusion y el desórden. La oscuridad de la noche acrecentó los deplorables efectos de la casi dispersion que experimentaba la retaguardia, retardada en su marcha por el combate que habia sostenido y separada en su consecuencia por dos leguas de distancia del grueso del ejército, que no en mejor órden se alojaba en Estella ya bien entrada la noche. Pero la division del centro á las órdenes de Buren, no pudo seguir y se dirigió á Abarzuza, donde pernctó, habiendo estado expuesta á haber sido cortada por Zumalacárregui.

Como aquella retirada tan poco prevista que casi degeneró en dispersion del ejército, desparramó grupos de soldados que vagaron por aquellas montañas durante la noche, hubieran irremediamente caido prisioneros los extraviados á la siguiente mañana, á no haber acudido desde muy temprano á protegerlos y á reunirlos el general Córdova enviado al efecto por Valdés.

En la confusion que reinó en aquella funesta noche, hubo momentos en que los soldados de la Reina tiraron unos sobre otros, siendo además considerable la pérdida de material y de equipajes, entre los que se halló el perteneciente al general en jefe don Jerónimo Valdés.

No tardaron en significarse unas tras otras las funestas derivaciones que para las armas de la Reina se siguieron de la rota de las Amezcuas. Pocos días despues de aquel desastre, Sarasa batia en Guernica á Iriarte, contra el que sostuvo el 10 de mayo un obstinado y sangriento combate, en el que ambos beligerantes dieron inequívocas pruebas de valor; pero los carlistas eran muy superiores en número á los de la Reina y quedaron dueños de la poblacion, causando á Iriarte la pérdida de ochocientos hombres entre muertos y heridos, y haciéndole además doscientos prisioneros. Hallábase entre estos los coroneles de Gerona y del Príncipe, el teniente coronel de Córdova, dos capitanes y cuatro subalternos de los referidos cuerpos, cuyos nueve jefes y oficiales fueron cruelmente fusilados en represalia de igual castigo que habia impuesto Iriarte á dos prisioneros carlistas. La artillería, la brigada de transportes, las municiones y considerable armamento de los cristinos quedaron igualmente en poder de los vencedores, cuyas filas se aumentaron (como venia sucediendo de resultados de la bárbara costumbre de no dar cuartel) con la casi totalidad de los soldados prisioneros, que preferian alistarse bajo las banderas de don Carlos á ser pasados por las armas, ó maltratados si por conmiseracion les dejaban la vida salva.

A igual suerte que la experimentada por la division Iriarte estuvo expuesta la columna de doscientos hombres que buscó refugio en el convento de monjas de Rentería, y á la que con su actividad y arrojo habituales acudió á salvar el general Espartero. Pero el síntoma mas significativo del golpe recibido por Valdés en las Amezcuas, lo fué su determinacion de disminuir las fuerzas que operaban en el Baztan, y que comenzó á reducir no dejando en los valles otros puntos guarnecidos, sino Elizondo y Santisteban, que hubo tambien definitivamente que abandonar, atendida la dificultad de relevar sus guarniciones, ya que no manteniendo guardadas las aduanas que estableció Mina en la frontera, no se lograba impedir la importacion de víveres, armas y municiones para los carlistas, principal objeto de la ocupacion del Baztan, cuyo abandono debia además privar á las tropas de la Reina de un territorio fértil y abundante en provisiones, al mismo tiempo que de los servicios de la parte liberal de la poblacion de los valles, la que viéndose sin el amparo del ejército, tenia que sucumbir y que resignarse á ayudar pasivamente á los carlistas, contra

los que hubiesen aquellos leales habitantes preferido continuar haciendo armas.

La toma por Zumalacárregui de Treviño, donde se hizo dueño de quinientos fusiles y de un rico botin de efectos de guerra, aumentó sus filas con doscientas plazas cubiertas por otros tantos soldados de la Reina que caidos prisioneros tomaron partido bajo las banderas de los que acababan de combatir.

Al mismo tiempo que era evacuada Estella, de cuya poblacion se enseñoreaba Zumalacárregui, Mendez Vigo se veia atacado á corta distancia de Pamplona, teniendo que ampararse al abrigo del cañon de la plaza.

Encerrado en ella Valdés, desvanecido de sus ilusiones de triunfo, resuelto á llevar á cabo la evacuacion de los puntos fortificados del interior por no poder atender á ellos sin comprometer las fuerzas empleadas en su conservacion, temió con razon ó sin ella que Zumalacárregui emprendiese un movimiento sobre Castilla, y ordenó á Oraá, que todavía ocupaba el Baztan, que se pusiese en marcha con toda su division en direccion de Guipúzcoa. Las disposiciones de este para dar cumplimiento á lo dispuesto por el general en jefe, alarmaron á aquellos de los vecinos de Elizondo y de los valles que se habian comprometido por la causa de la Reina, dando ocasion á que muchas familias dispusieran buscar refugio en Francia. Con objeto de disipar la alarma y calmar la excitacion de los ánimos, reunió Oraá á los concejales de Elizondo, manifestándoles que no se trataba de una evacuacion, sino de un movimiento militar reclamado por las necesidades de la guerra; que Elizondo y Santisteban quedaban guarnecidos, y que nada tenian que temer los habitantes que se habian armado en favor de la causa liberal.

Una nueva y terminante órden de Valdés prescribió á Oraá que marchase á Ezalburu, y cumpliendo como veterano que conocia y sabia llenar sus deberes, ejecutó aquel las órdenes de su superior, sin que le detuviese el desencadenado temporal y fuerte lluvia que dificultaba la marcha y extenuaba las fuerzas de sus soldados. En ejecucion del movimiento que le habia sido prescrito, tenia Oraá que pasar por los puertos de Vidarehico y de Odolaga, y despues de una jornada de trece horas de fatigosa marcha, llegó á las alturas de Larraizar, donde se detuvo á dar algun descanso á su division. Mas no bien esta hubo emprendido la marcha, cuando la retaguardia se vió impetuosamente atacada por los carlistas. Acudió al peligro el experimentado general, y su ejemplo, su valor, la confianza que su persona inspiraba á los soldados los animó, y consiguió Oraá rechazar á los carlistas, y aun hacerlos retroceder; pero reforzados estos y muertos de fatiga los de la Reina, calados por la lluvia y transidos de frio, apenas podian hacer uso de sus armas, y harto conocedor de lo difícil que es sacar partido de soldados que han perdido la confianza en sí mismos, el valiente Oraá desesperaba ya de poder contener la audacia del enemigo, cuando apelando á un esfuerzo de su marcial energía, electrizó al tercer batallon de la Princesa, logrando que este cuerpo protegiese la retirada de la division, á la que todavía aguardaba otra mayor desgracia, pues llegado que fué al rio Ulzama lo encontró desbordado. El agua habia cubierto los puentes, y en la confusion de vadear el rio perecieron un centenar de hombres y muchas acémilas, y para remate de aquella adversa jornada, sobrevenida que fué la noche, se hizo inevitable la dispersion de no pocos de los rezagados, verificándose con trabajo la concentracion de la columna en el pueblo de Ezalburu.

El desastre de Larraizar, parecido bajo cierto punto de vista al experimentado en las Amezcuas, no causó á las tropas de la Reina gran pérdida numérica, esto es, de muertos y heridos, pues solo perecieron doce oficiales y ochenta soldados, pero veinticuatro de los primeros y trescientos ochenta soldados quedaron en poder del enemigo de resultados del pánico que sobrecojió á la tropa al verse atacada por fuerzas superiores despues de una penosa marcha, y en los momentos en que cobraba aliento á su llegada al puerto de Larraizar. Existe, sin embargo, la notable diferencia entre el descalabro experimentado en aquel día por Oraá y el sufrido por Valdés en las Amezcuas, de que el resultado de la rota del 21 de abril